

Creando un mundo nuevo: sin dejar a nadie al margen

Declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í ante el 63º período de sesiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

NUEVA YORK 8 de marzo de 2019

En un nivel, la protección social puede concebirse como el conjunto de políticas y programas diseñados para reducir la pobreza y la vulnerabilidad. Un tema tan importante como brindar protección social a todos, especialmente a los más vulnerables, la mayoría de los cuales son mujeres y niños, debe considerarse a la luz de una verdad mayor: que toda la humanidad es una y que toda la humanidad debe beneficiarse de los abundantes recursos de nuestra patria compartida. Ya debería ser una verdad aceptada que todas las personas tienen derecho a llevar una vida digna, con oportunidades de recibir una educación de calidad, de acceder a la atención médica, de practicar sus valores espirituales y de contribuir con su parte al bienestar de sus comunidades, mediante el trabajo, el cuidado de familias saludables y el ofrecimiento de actos de servicio.

Además, una clara implicación de la unidad de la humanidad es que las mujeres y los hombres son iguales. El creciente reconocimiento tanto de la unidad como de la igualdad de mujeres y hombres es un sello distintivo de la era moderna, y es un buen augurio para el surgimiento gradual de una civilización global caracterizada por la justicia, la reciprocidad y la prosperidad. Sin embargo, la expresión completa de la unidad en cada faceta de la vida todavía está por realizar; de hecho, su realización puede parecer a veces inalcanzable. No es sorprendente que las mujeres y las niñas sean a menudo las más afectadas por las injusticias engendradas en el actual ordenamiento de la sociedad, dadas las fuerzas históricas que han dado origen a ese orden. Si bien la aceptación creciente del principio de unidad fue uno de los mayores legados del siglo XX, muchos de los fundamentos ideológicos de los sistemas sociales prevalecientes se basan en valores que son antitéticos a la unidad. Los ideales de exclusión, la creencia en la superioridad inherente de algunos grupos sobre otros y la dependencia de la confrontación como medio para lograr el progreso se codifican en el ADN mismo de las estructuras de la sociedad. Lo que se deduce, entonces, es que el principio de unidad no puede ser injertado superficialmente sobre estos; los sistemas y estructuras de la sociedad deben ser remodelados para encarnar la unidad.

Una pregunta decisiva ante un organismo tan importante como las Naciones Unidas y los Estados Miembros que lo conforman es cómo aprovechar y liberar las capacidades y los poderes colectivos de todos los pueblos del mundo, incluyendo crucialmente a las mujeres y niñas. Más allá de las implicaciones institucionales, los principios de unidad e igualdad exigen profundos cambios en la cultura. Nadie está libre de las elevadas exigencias de la justicia; todos serán llamados a reexaminar continuamente sus propias actitudes, valores y relaciones con los demás.

Enfrentar las desigualdades económicas

Como resultado de las normas y desigualdades sociales y culturales, las mujeres experimentan etapas de especial vulnerabilidad a lo largo de sus ciclos de vida. En muchos países, las mujeres tienen más probabilidades que los hombres a perder sus ingresos y caer en la pobreza. Incluso en las comunidades más avanzadas económicamente, los papeles reproductivos de las mujeres a menudo han significado que no se les otorgaran las mismas funciones y responsabilidades en el mundo laboral que a sus homólogos masculinos. Hay muchos obstáculos que impiden que las mujeres y las niñas accedan a los servicios públicos y se beneficien de una infraestructura sólida. Se requieren sistemas de gobernanza que promuevan la seguridad colectiva, la sostenibilidad ambiental y un

orden económico equitativo y justo para eliminarlos permanentemente. Dada su importancia para la protección social, los acuerdos económicos apropiados merecen una consideración especial.

Las concentraciones extremas de riqueza han dado lugar a la percepción distorsionada de que el mundo carece de recursos suficientes para todos sus habitantes. Al considerar cómo sacar a todas las personas de la pobreza, existe una tentación comprensible de centrarse en la generación de riqueza. La atención solo al crecimiento y la generación de ingresos se ha traducido muy a menudo en más riqueza para quienes no la necesitan y en un aumento de la privación para quienes la necesitan. No se pueden perpetuar las estructuras normativas que permiten a un pequeño número de personas acumular cantidades desmedidas de recursos materiales para ellos mismos y sus familiares. Mientras los modelos económicos continúen ignorando y externalizando las consideraciones morales, tales como la justicia y la honradez, la inestabilidad financiera mundial continuará aumentando y toda la humanidad tendrá problemas.

De hecho, en todo el mundo se están sintiendo las consecuencias de la degradación medioambiental. Sin embargo, los paradigmas económicos en la mayoría de los países industrializados tratan el impacto medioambiental como un efecto externo. Esto ha dado lugar al empobrecimiento de las comunidades rurales, a la explotación de las poblaciones vulnerables y al rápido deterioro del mundo natural. Están surgiendo nuevos modelos prometedores que analizan cuestiones económicas a la luz de las fronteras planetarias. Estos modelos deben investigarse para determinar su potencial y sus límites. En general, la comunidad mundial tal vez desee dedicar recursos sustanciales a comprender cómo pueden surgir y adaptarse a las necesidades de las diferentes comunidades modelos económicos organizados en torno a los principios de administración colectiva, justicia y reciprocidad.

Liberar los poderes del espíritu humano

En las comunidades de todo el mundo, la falta de riqueza material ha sido un obstáculo para atraer, formar y retener a profesores cualificados y para construir y mantener instalaciones educativas. La Agenda 2030 hace hincapié en el fortalecimiento de la infraestructura pública como un medio para proporcionar educación a todos. Si bien la educación de calidad depende, hasta cierto punto, de un flujo de recursos materiales, la experiencia de muchas comunidades bahá'ís a nivel local sugiere que incluso en las áreas más remotas y pobres del mundo, existe una gran cantidad de recursos humanos que pueden florecer con tiempo, atención y sabia canalización de medios materiales.

Cuando una comunidad evalúa los recursos que posee (por ejemplo, la capacidad de los habitantes locales para identificar desafíos y consultar sobre soluciones; la generosidad de los miembros de la comunidad que están dispuestos a donar tiempo, talento y materiales para construir edificios simples y otros suministros), las limitaciones pueden dar paso a oportunidades. Nuestra experiencia ha demostrado que no es necesario retrasar el inicio de un proceso educativo que se ocupe de la liberación de toda la gama de capacidades humanas hasta que se disponga de una infraestructura sólida. Una educación de calidad requiere atención a todo el proceso educativo: la formación del profesorado, la selección o el desarrollo de planes de estudio adecuados, la creación de un entorno propicio para el aprendizaje y la participación de la comunidad en la que se desarrolla el proceso de aprendizaje. Estas diferentes dimensiones pueden complementarse y fortalecerse con recursos materiales, hasta cierto punto. Sin embargo, aún más crucial es asegurar que el profesorado y el alumnado se involucren en un proceso de desarrollo de capacidades que libere los poderes del espíritu humano.

El espíritu humano, que puede considerarse en cierto sentido como la colección de dotes que distinguen a los seres humanos de otras especies, entre los que se incluye la mente humana, tiene la capacidad de conocer, amar y querer. Es una fuerza que ha sido infravalorada durante demasiado

tiempo, y como tal, la humanidad ha sido privada de una fuente ilimitada de prosperidad. Liberar sus poderes requiere una educación que ayude a los niños a desarrollar las habilidades y el conocimiento necesarios para transformar su carácter y llevar una vida productiva. Esto incluiría el compromiso con la literatura y las artes, el florecimiento científico, el dominio de las destrezas técnicas, la capacidad para participar en los procesos de toma de decisiones individuales y colectivos, así como el desarrollo de la capacidad para identificar necesidades y consultar sobre soluciones. A medida que sus capacidades se desarrollan y encuentran expresión en la comunidad, existe un florecimiento de esas artes, ciencias, innovaciones, filosofías y ética de las que depende la civilización.

Crear un mundo nuevo

La incapacidad de proporcionar protección social a mujeres y niñas en cada etapa de sus vidas es solo uno de los síntomas de un orden social obsoleto. Esto requiere que el orden actual sea llevado a sus límites a través de la modificación de las políticas, a través de la promulgación de leyes justas y de medidas para cerrar las brechas de las desigualdades extremas. Sin embargo, estos cambios, aunque necesarios, resultan insuficientes para lograr los nuevos patrones de vida que permitirán que todas las personas prosperen. Dado que muchos de los sistemas y estructuras de la sociedad fueron diseñados precisamente para reforzar la dominación y la desigualdad, también se deben canalizar considerables recursos hacia el aprendizaje de modelos efectivos de gobierno, educación y economía estructurados en torno a un conjunto de principios completamente nuevo: que los seres humanos son uno, que las mujeres y los hombres son iguales, que los poderes emergentes de la colectividad pueden ser liberados a través de la cooperación y la reciprocidad, y que el progreso de la humanidad se verá enormemente reforzado por la plena participación de todas las personas en la creación de un mundo nuevo.